

Vigésimo Sexto domingo del Tiempo Ordinario C2022

El domingo pasado hemos escuchado al profeta Amós denunciando a los que compran a los pobres y necesitados con su dinero, ya bajo costo. Hoy el profeta Amós viene de nuevo con otra serie de acusación.

Esta vez denuncia a los que no les importa el destino de Israel. Mientras el país se hunde y se derrumba por todas partes, ellos son indiferentes, egoístas y simplemente se divierten. Se deleitan en el lujo y la complacencia como si no hubiera ningún problema en el país. Como sucedió el domingo pasado, Dios no los dejará sin castigo: serán deportados y se irán al exilio como cualquiera.

Esta actitud de indiferencia constituye el drama que se desarrolla en el Evangelio de hoy entre el rico y el pobre Lázaro. Por supuesto, el Evangelio no dice que el rico era una persona mala o alguien que maltrataba a Lázaro. Al contrario, era un ciudadano respetuoso y una persona respetada en la sociedad. Nunca tuvo ningún problema con nadie y nunca fue responsable de la situación de Lázaro. Que Lázaro haya sido pobre nunca se le puede imputar a él ni a su culpa.

Una pregunta que viene aquí es esta: si es cierto que el rico no hizo nada malo contra Lázaro, ¿por qué está en problemas ahora al final de su vida? ¿Por qué privarlo de la salvación eterna mientras no hizo nada malo? Para Jesús, el pecado del rico no es por algo que haya hecho, sino por lo que no hizo, es decir, acudir en ayuda de Lázaro. Llamemos a esto “el pecado de omisión”. Literalmente ignoró a Lázaro incluso mientras yacía a sus puertas con dolor y hambre. Permaneció completamente indiferente ante su sufrimiento y hacia él.

De hecho, la indiferencia hace a alguien insensible y sordo al grito de sus semejantes. Mata cualquier perspectiva de solidaridad hacia los demás. La indiferencia nos impide ver el dolor y el sufrimiento de nuestros semejantes; nos empuja a no preocuparnos, no importa cuán mala sea la situación. Al final, la indiferencia nos aleja de Dios que se identifica con los pobres y los necesitados.

Algunas personas pretenden que el infierno no existe, que es un invento de la Iglesia Católica hecho para mantener a la gente con miedo. Pero, cuando leemos el Evangelio de hoy, nos damos cuenta de que sí existe.

¿Entonces qué es? El infierno es un lugar de aislamiento y tormento en el que las personas corren el riesgo de encontrarse al final de sus vidas cuando no viven en solidaridad con sus semejantes. Es la pérdida de nuestra vida eterna cuando no actuamos según la ley del amor de Dios y del prójimo, es decir, cuando no hacemos la voluntad de Dios en nuestra vida.

¿Escoge Dios el infierno para nosotros? No. Le creamos nosotros mismos cuando somos indiferentes a la miseria de nuestros semejantes. Esto es lo que Abraham le dice al hombre rico. Y lo que lleva a este lugar es la forma en que vivimos aquí en la tierra. Es por eso que siempre debemos recordar que la forma en que vivimos en la tierra determina nuestra vida futura después de la muerte.

Al decir esto, ¿nos estoy invitando a vivir con miedo a la muerte? ¿O estoy empujándonos a sentirnos culpables por cosas que deberíamos haber hecho, pero no lo hicimos? De nada; más bien de allí, mi punto es que tomamos en serio nuestro compromiso como cristianos mientras todavía estamos vivos y nos arrepentimos de nuestros pecados.

Como ustedes pueden ver el evangelio, la distancia entre Lázaro en el cielo y el rico en el inframundo no es el resultado del juicio de Dios, sino el resultado de una zanja que el rico cavó para sí mismo cuando aún estaba vivo. La brecha que ha mantenido en la tierra se mantiene en el cielo, pero en orden inverso. Lo que ha sembrado en la tierra, es lo que cosecha en el otro mundo. En otras palabras, lo que obtenemos después de la muerte depende de la forma en que vivamos aquí en la tierra.

Permítanme resumir todo lo que dije en un par de puntos: Primero, la solidaridad y la relación con nuestros semejantes son criterios decisivos para nuestra vida después de la muerte. Los que están bien no deben pretender que no saben acerca de la pobreza y la miseria en su barrio. El rico que vivía en el egoísmo, rodeado de sus bienes y sin compromiso con los pobres, se sorprende después de la muerte de ser condenado por algo que no hizo.

Segundo, nunca deje para mañana lo que pueda hacer hoy, especialmente cuando se trata de la conversión del corazón o de la liberación de tus pecados. El rico lo aprendió por las malas: “Si tus hermanos no escuchan a Moisés ya los profetas, aunque alguno resucite de entre los muertos, no escucharán”, le dijo Abraham al rico. Recuerda que la terquedad humana ante Dios es fuente de drama, como la desgracia del rico es consecuencia de la dureza de su corazón y de sus oídos.

Tercero, el fundamento de nuestra fe es la palabra de Dios y no las apariciones de fantasmas. Cuando no escuchamos las escrituras y las ponemos en práctica, preparamos nuestra ruina eterna. El hombre rico se equivocó al pensar que sus hermanos cambiarían si alguien de entre los muertos les hablara. Solo hay uno que vino de entre los muertos ya quien tenemos que escuchar: Jesucristo.

Cuando estaba terminando esta homilía, recibí algunas palabras espirituales de sabiduría de un querido amigo. Las quiero compartir con ustedes como conclusión de la homilía de hoy: “A veces pensamos que somos buenas personas y es suficiente, pero debemos estar dispuestos a aprender diariamente de su palabra en la Biblia, orar, confesarnos, arrepentirnos y perdonarnos, y que él sea el juez de lo buenos que somos”. ¡Dios los bendiga!

Amos 6: 1ª, 4-7; 1 Timoteo 6: 11-16; Lucas 16: 19-31



Fecha de la Homilía: el 25 de Septiembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220925homilia.pdf